

Los cristianos son todos extranjeros y no pueden ser ciudadanos del país

Partiendo de la experiencia de Marruecos (25.000 católicos de 90 nacionalidades para una población de 33 millones de musulmanes), los cristianos son todos extranjeros y no pueden ser ciudadanos del país, incluso existiendo “libertad de culto”. Ello conlleva que, aun participando en la vida económica, cultural y social del país, no pueden de ninguna manera inmiscuirse en el engranaje de las decisiones políticas nacionales o internacionales.

Nuestra responsabilidad como Iglesia es ayudar a estos extranjeros de paso a comprender que están en primera línea en el diálogo de vida con los musulmanes. En las empresas donde trabajan, en las universidades o escuelas, son individuos en medio de toda esta sociedad musulmana.

- Son testigos de un Amor más grande.
- Son testigos de este Dios que dirige “una mirada amorosa” sobre los hombres, sea cual sea su cultura o religión.

Su testimonio de vida es fundamental para la vida de la Iglesia. Un amigo musulmán me dijo un día: “vuestra presencia, por muy mínima que sea, es muy importante para que nosotros entendamos que hay distintos caminos hacia Dios”.

Nuestra responsabilidad como Iglesia es ayudar a que estos cristianos entren, junto a sus amigos musulmanes, en una óptica de acogida de la diferencia del otro, de reencuentro en un espíritu de total gratuidad, recuperando una actitud de humilde confianza hacia el otro. Esto no es siempre fácil de aceptar en el mundo de la eficiencia, pero esta actitud es la que nos permite continuar viviendo en este país con paz y serenidad, a pesar de las tensiones que a veces aparecen.

Los cristianos constatan con alegría que, al contacto con el Islam, su fe cristiana se purifica, se vuelve más profunda.

Nuestra responsabilidad como Iglesia es ayudar a estos cristianos que están de paso a comprender mejor que podemos vivir nuestra fe cristiana con alegría y pasión en una sociedad totalmente musulmana. Esto les ayudará a regresar a su país con otra visión sobre los musulmanes que encuentren, destruyendo esos “a priori” que corren el riesgo de pudrir al mundo.

Nuestra responsabilidad como Iglesia es ayudar a estos cristianos a comprender que ellos son “signos” y, como nos recordaba el Papa Juan Pablo II con ocasión de una visita ad limina, “**no pedimos a un signo que sea un número, sino que signifique algo**”.

Nuestra Iglesia es “signo” para la comunión que intentamos vivir, a pesar de la diferencia de nuestras culturas y nacionalidades. A pesar del escaso número de cristianos originarios de Oriente Medio, nuestro “signo” sería más fuerte **si tuviéramos en nuestro presbiterio uno o dos sacerdotes árabes**. Una presencia como ésta sería, lejos de todo proselitismo, un gran enriquecimiento para nuestra Iglesia.

S. E. R. Mons. Vincent LANDEL, S.C.J. di Béth., Arzobispo de Rabat (MARRUECO)